LOS GUÍAS DEL "MUNDO" EN *EL CRITICÓN* DE B. GRACIÁN

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN

En una breve nota que acompaña la primera parte de *El Criticón*[1], Gracián, dirigiéndose a sus posibles lectores, hace una advertencia fundamental: "el curso de tu vida en un discurso, te presento hoy" (C,I,7). No era ninguna novedad representar la vida en la imagen del camino, un itinerario que el hombre -convertido ahora en peregrino- tiene que recorrer. Pero lo que, a mi modo de ver, sí constituye una novedad es la voluntad expresa de Gracián de convertir el camino de la vida, el curso, en un discurso, con lo cual el texto se configura también como itinerario que recorrer, ahora por parte del lector -de este modo, el ingenio graciano convierte al lector en peregrino del dis-curso de la vida. *El Criticón* tiene, por tanto, dos niveles: el *nivel del curso*, en el que la vida se representa en la imagen del camino, y el *nivel del discurso*, en el que el proceso de la lectura y el lector quedan englobados en la imagen de otro camino que se constituye de manera paralela al del curso -Andrenio y Critilo recorren el camino de la vida en busca de Felisinda, y no es difícil imaginar en el lector un deseo similar.

El viaje, el desplazamiento de los protagonistas de *El Criticón*, encierra una doble "enseñanza" (no podemos olvidar aquí que el fin de la prosa graciana es didáctico-moral): por un lado señala un ideal de perfeccionamiento que consiste en la conversión del hombre en *persona*, lo que adviene por vía exclusivamente experiencial; por otro lado, el viaje nos da, además, la descripción del Mundo[2]. El Mundo que representa *El Criticón* es el resultado de un itinerario que se hace no casualmente, sino con el fin (pedagógico) de la transformación de los hombres en *personas*: Critilo y Andrenio deberán ser capaces de superar los obstáculos y peligros que el cami-

1 Las referencias a las obras de Gracián se dan integradas en el texto, entre paréntesis, del siguiente modo: C=*El Criticón*, seguido de una numeración que indica, respectivamente, la parte, la crisi y la página del libro; O=*Oráculo manual y arte de prudencia*, seguido del nº del aforismo; D=*El Discreto*, seguido del nº del *realce*.

2 Una descripción geográfica de lo que era el espacio jesuítico de la época -Pelegrín (1984)-, una descripción temporal en base a una correspondencia con el año litúrgico -Milhou (1987)-, pero, sobre todo, descripción moral del mundo.

no de la vida ofrece a su paso. Ahora bien, los "obstáculos" y "peligros" son tales desde una bien precisa idea de la vida: es desde el objetivo de ser-persona que se enjuicia la totalidad del curso de la vida con todas sus posibilidades. En este proceso experiencial de formación de la persona los obstáculos y los peligros comparecen como *otras* posibilidades del mundo. En cada *crisi*(3) se da una efectiva posibilidad del mundo: cuando los personajes llegan a la Corte de Babilonia, por ejemplo, *pueden* sucumbir a sus encantos o librarse de ellos, pero Babilonia queda en su camino como una posibildad del mundo, un *mundo posible* para el libre albedrío(4) de los personajes gracianos. El Mundo de *El Criticón* se configura, por tanto, como una sucesión de mundos posibles que sucesivamente vienen descartados en función de la norma didáctico-moral de la formación de la persona.

Cada una de las *crisis* de *El Criticón* constituye, pues, un mundo posible que se ofrece a los personajes-peregrinos de Gracián; se trata de pasar a su través con éxito o quedar encerrados en él. En cada *crisis* aparece casi siempre una tercera figura, el guía, que, además de *mediar* entre Critilo y Andrenio, les introduce en ese mundo y los guía por él. Cada guía representa, en cierto modo, la "ley" por la que se rige el mundo posible en el que aparece, es el poseedor de la *contracifra* -porque no se puede olvidar que el mundo barroco es un mundo cifrado, un mundo que se oculta detrás de sus apariencias. La figura del guía está, por otro lado, en relación con la Verdad. En un mundo bien ordenado, como era, por ejemplo, el mundo medieval cristiano con sus esferas ptolemaicas, la función del guía consistía en encaminar al peregrino, en mostrar el camino del ser y de la verdad, en indicar el principio del Bien. Pero el mundo barroco -el de Gracián-, es todo lo contrario de un orden, es un imponente desorden que exaspera a sus ocasionales moradores. El mundo de Gracián es el mundo modermo ante cuya infinitud el hombre se siente perdido y desorientado, angustiado y oprimido, y ante el que el individualismo de la época le llevará a dejar su personal impronta. En el desorden del mundo graciano no existe la simple polaridad de los extremos (Bien-Mal, Verdad-Mentira, Ser-No Ser), sino que, al constituirse en el *justo medio* (C,I,V,64-65), participa de ambos principios opuestos: "La alternación de contrariedades hermosea el universo y le sustenta, y si causa armonía en lo natural, mayor en lo moral" (O,108). Lo grandioso de Gracián es que estos principios extremos no se dan estáticamente, no están fijos de una vez por todas, sino en una constante y creadora tensión dinámica que explica el cambio perpetuo y el movimiento. Los principios pierden preponderancia en favor de la tensión que crean, verdadera protagonista del mundo graciano: entre el ser y el no-ser se levanta la apariencia; entre el bien y el mal, lo conveniente(5). Al no existir en este mundo un dominio pro-

3 Gracián prefiere el término "crisi" al más genérico de "capítulo"; la razón hay que buscarla en el empleo de la etimología como recurso conceptista. "Crisis: juicio que se hace sobre alguna cosa, en fuerza de lo que se ha observado y reconocido acerca de ella. Es voz de origen Griego, de quien la tomaron los Latinos" (*Dicc. Aut.*); "momento decisivo en un asunto de importancia" (*Dicc. Crítico Etimológico*). El empleo graciano de "crisi" quiere referir, por tanto, al juicio (enjuiciar) a que se somete una situación en base a la experiencia (observación) y con el fin de la decisión.

4 El concepto de *libre albedrío*, que traspasa la entera obra graciana, es uno de los indicadores que muestran la fiel adscripción doctrinal de Gracián a la Compañía de Jesús. En este sentido, Pelegrín (1985) demuestra que "El hiermo de Hipocrinda" (C,II,VII) es un feroz ataque al jansenismo -verdaderos enemigos de los jesuitas- y no un ataque al Colegio de Valencia como había sostenido la crítica clásica (Romera-Navarro, Correa Calderón), que había convertido esta *crisi* en emblema de las tensas y difíciles relaciones entre Gracián y la Compañía.

5 "*Realidad y apariencia.* Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen; son raros los que miran por dentro, y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razón con cara de malicia" (O,99). "*Cifrar la voluntad.* Son las pasiones los portillos del ánimo. El más práctico saber consiste en disimular. LLeva riesgo de perder el que juega a juego descubierto. Compita la detención del recatado con la atención del advertido; a linces de discurso, jibias de interioridad. No se le sepa el gusto, porque no se le prevenga, unos para la contradicción, otros para la lisonja" (O,98).

pio de la verdad, ésta no puede darse de modo inmediato. Hay que descubrirla (desvelamiento, *aletheia*) a través del complejo mundo apariencial. Pero como éste está *cifrado*, se presenta a los peregrinos como un imponente laberinto en el que lo más fácil es perderse; surge, pues, la necesidad del guía.

Pero en *El Criticón* no hay un sólo guía, sino una multitud de ellos. Gracián no persigue el conocimiento en sí mismo, sino sólo con miras a la acción. Y en este sentido hay que decir que Gracián no es un revolucionario que se propone cambiar el mundo, o reformarlo, en una dirección en la que desaparezcan, o se mitiguen, los males que le aquejan, sino que es, más bien, como lo ha definido Maravall (1975:206), un conservador: ni utopismo ni reforma, sino una moral acomodaticia que prepara al hombre a sortear los peligros de la vida, y cuando esto no sea posible, a salir de ella con éxito. Es el hombre el que se tiene que acomodar al mundo; el hombre es como una *tabla rasa* sobre la que inciden la sociedad y la educación, así pues, sólo una eficaz pedagogía puede preparar al hombre para vivir entre los peligros de este mundo imperfecto. La función pedagógica es esencial en Gracián, y la figura del guía responde simbólicamente a esta intención: el guía es el consejero y maestro que nos enseña a vivir en este mundo-inmundo(6). El saber experiencial nace de la ocasión y en la ocasión, y a ella está constantemente referido; y esta su *ocasionalidad* es la madre de todas las dificultades que encuentra para poder elevarse a un saber que transcienda los estrechos límites de la particular circunstancia que lo ocasionó. La norma moral, como todo en el mundo graciano, tiene su hora buena y también el momento de su caída, cuando el saber de que proviene pierde validez y deja de actuar. En este sentido, los guías de *El Criticón* son los representantes de un saber que persigue la formulación de una norma moral válida para la vida: cada guía representa un saber que se constituye en norma de conducta para la ocasión (*crisi*) en que aparece; pero la repetición de este esquema a lo largo de todo *El Criticón* nos advierte de la tragedia que viven los protagonistas gracianos: la imposibilidad de encontrar normas morales generales. A esta tragedia, como Gambin (1989:54) ha visto perfectamente, está ligada la constante aparición y desaparición de los guías. Pero el hecho de que la figura del guía esté presente en todo el recorrido de la obra, y que incluso acompañe en la Isla de la Inmortalidad a los dos peregrinos frente al juicio del Mérito con el que se cierra *El Criticón*, pone al descubierto un rasgo esencial de esta magna obra: esa búsqueda desesperada de normatividad para la vida que se persigue hasta el infinito, esa infinita *insistencia* en procurarnos un arte de prudencia.

***

La figura del guía en *El Criticón* no es unívoca, como podría parecer de la caracterización general que venimos haciendo; el mismo Gracián nos advierte al principio de *El Criticón* de su radical dualidad(7). Llegado Critilo a la presencia de Artemia, ésta se extraña al ver un discreto varón tan solo, pues:

> la conversación, decía, es de entendidos y ha de tener mucho de gracia, y de las gracias, ni más ni menos de tres. Aquí, destilando el corazón en lágrimas, Critilo:
>
> - Otros tantos -respondió- solemos ser un otro camarada, que dejo por dejado, y siempre se nos junta otro tercero de la región donde llegamos, que tal vez nos guía y tal nos pierde, como ahora (C,I,VIII,110).

6 El guía representa, indirectamente, la fragilidad del ser humano, una fragilidad de la que Gracián no hace cuestión: "Por tan dificultoso tengo yo alcanzarle solidez a la frágil vida como al delicado vidrio, que para mí, hombre y vidrio todo es uno, a un tris dan en un tras, y acábase vidrio y hombre" (C,III,XII,654).

7 Sobre las *dualidades* de *El Criticón* han insistido Prieto y Levisi.

Gracián hace explícito este doble aspecto de la conducción de los guías. Monique Joly, después de afirmar la validez del esquema binario de los guías para toda la obra, se detiene en un breve e interesante análisis léxico de las acciones de los guías: así, por ejemplo, en la misma cita que acabamos de reproducir puede verse que para nombrar la acción de los guías benéficos se utiliza el verbo "guiar", mientras que para referirse a la de los guías maléficos usa el verbo "perder". Esto no siempre ocurre así y, como nota Joly (1986:39), "ejemplos anteriores y posteriores al momento en que se pronuncian estas palabras muestran que, lejos de atenerse a una diferenciación léxica tan rigurosa, Gracián hace en muchos casos con ostentación uso de la palabra *guía* y de sus derivados para referirse a los acompañantes maléficos de Critilo y Andrenio". De todos modos, la diferencia guiar/perder no puede quedar en la simple mención de una posible pista interpretativa. Hay que tener en cuenta, sobre todo, que esa diferenciación léxica y semántica de las acciones de los guías se produce en el momento en que Gracián está haciendo explícita la dualidad de los guías, cuando está precisamente hablando de ello. Y por eso me parece que no se puede neutralizar fácilmente la distinción con contraejemplos sacados de contextos en los que Gracián intencionalmente no estaba tratando la distinción. En *El Criticón* hay ejemplos para las dos versiones, tanto para que "guiar" pueda hacerse sólo hacia el bien, como hacia el mal; pero creo que hay que privilegiar el momento en que Gracián establece la distinción.

Así pues, hay unos guías que guían y otros que desvían, unos que conducen por el camino de la vida hacia el destino final de la Isla de la Inmortalidad y otros que hacen perder este prudencial camino de en medio a los dos peregrinos. Esto no significa, sin embargo, que se dé en *El Criticón* una situación de equilibrio entre los dos tipos de guías: hay un claro y manifiesto desequilibrio en favor de los guías benéficos[8] -desequilibrio que se explica por el propósito didáctico y moralizador de Gracián. Pero a este mismo propósito apuntaba ya la diferenciación léxica entre guiar y perder.

Para Gracián, el mundo es un grandioso teatro, un imponente laberinto; y la vida del hombre, un camino que los atraviesa en busca de la buena salida. Pero son tantos los males del mundo, que el camino está oculto: podría decirse que el camino en sí no existe y que lo que tiene que hacer el hombre es construírselo, o, en el mejor de los casos, des-ocultarlo. Se trata de atravesar el mundo y de no perderse, por eso se precisa una norma moral, un arte de prudencia que nos guíe en el camino de ser personas. Ahora bien , esta voluntad pedagógica de Gracián conviene matizarla: si su visión del mundo es amarga y pesimista, como se ve al inicio de la "Entrada del Mundo", un pesimismo que se manifiesta más radicalmente con el paso de los años, nuestro aragonés no puede entregarse a una fácil práctica de simples guías salvadores. El pesimismo de Gracián frente al mundo lo recogen los guías maléficos de *El Criticón*: con ellos quiere expresar la radical dificultad de la empresa que se propone, de la vida. El Gracián pesimista no renuncia a la vida -como hará Schopenhauer después siguiendo acaso una misma raíz pesimista-, su creencia en la perfectibilidad y mejora del hombre le mantienen en su afán pedagógico. Este propósito didáctico, visto en función de la dualidad de los guías, ha sido perfectamente tratado por Joly (1986:47); por ejemplo: el primer y el último guía de cada etapa de la vida no se corresponden nunca con una figura de signo negativo; los guías maléficos aparecen generalmente en situaciones en las que siguen actuando los guías benéficos.

El camino de la vida, pues, como hemos visto, necesita de la función (benéfica) de los guías. Pero además, si *El Criticón* es, como el mismo Gracián dice, la representación del curso de la vida en un discurso, no es difícil pensar que un autor maquinoso y preocupado por la corre-

8- Joly (1986:46).

lación entre fondo y forma, como era el aragonés, dotara a su obra de una nueva figura de guía que habría de ayudar en ese otro camino cual es el del discurso, el de la lectura. Y así, junto a la representación del Mundo que nos propone *El Criticón*, Gracián configura un segundo nivel en el que el texto se hace equivaler metafóricamente al mismo Mundo, un mundo lingüístico que el lector (peregrino) tiene que recorrer mediante la lectura. La imagen del libro como metáfora del mundo no era, desde luego, una novedad para la época; Gracián nos acerca a ella en "El golfo cortesano", cuando el graduado cortesano establece la equivalencia entre el "peligroso mar de la corte" y el mar de la *Odisea* (C,I,XI,170), aunque quizá resulta más claro todo ello en la crisi de "El Mundo descifrado". El mundo es un laberinto que hay que resolver en el curso de la vida si queremos llegar al final; la representación de este mundo laberíntico es un discurso que hay que saber interpretar adecuadamente: el premio es la representación misma del Mundo. Así pues, a los guías del nivel del curso de la vida Gracián hace corresponder unos guías en el nivel del discurso -guías en los que ha de apoyarse el lector como en los guías del primer nivel habían de apoyarse Critilo y Andrenio.

Los guías del discurso son de dos tipos. Unos son esas breves anotaciones que Gracián ha puesto en los márgenes de *El Criticón*: no nos dan la lectura, sino que funcionan como puntos de referencia, verdaderos mojones de camino, dirigidos al lector para que pueda orientarse fácilmente y no se pierda en el laberinto lingüístico que es la novela. Otro tipo de guía del discurso lo constituyen los apólogos -uso este término en sentido amplio, para señalar esas breves narraciones de diverso carácter que Gracián suele colocar al inicio de sus crisis. Estos apólogos lo que hacen es centrar la atención del lector; son, en cierto modo, la anticipación y el resumen en clave alegórica de los contenidos y conclusiones de la crisi a la que acompañan. De este modo el lector está prevenido y como avisado respecto al camino que tiene ante sí; el apólogo, aunque no impide que el lector se pierda, sí es un buen consejero, un buen arma en manos del lector para sortear con éxito los avatares de la lectura de cada crisi.

Gracián establece, por tanto, un paralelismo evidente entre la vida y la literatura. Y si, como hemos visto, en el nivel del curso se apelaba a un arte de prudencia para pasar con éxito el camino de la vida, en el nivel del discurso ha de apelarse a un concepto de *lectura prudencial*, es decir, una lectura que avance por un justo medio, que no exagere, que sepa utilizar convenientemente las indicaciones de los guías, como Critilo y Andrenio hacían en el primer nivel, etc. Los guías del discurso deben servir para interpretar correctamente el texto, para captar el sentido preciso de las figuras retóricas, para dar, en fin, un valor moral al estilo. Hay en la lectura prudente, como señala Checa (1986:114), una *duplicidad hermenéutica*: por un lado se denuncian las imágenes mentirosas, y por otro se condena a los necios que no saben leer bien. El lector, frente al texto, tiene que comportarse como el hombre ante el mundo: debe desconfiar. Lo que tiene delante es un mundo cifrado: "De modo que es menester ser uno muy buen lector para no leerlo todo al revés" (C,III,IV,504); es necesario, pues, hacerse con la contracifra, hacer acompañar la lectura de un arte de descifrar -recuérdese al respecto el consejo que da el graduado cortesano (C,I,XI,165) a nuestros peregrinos de leer al revés *El Galateo Cortesano*.

Esta interpretación que estoy dando de *El Criticón* presenta dos problemas que voy a intentar resolver en lo que sigue. El primero se refiere a los guías del nivel del curso, y se basa en la siguiente afirmación:

> Fuelos, no guiando, que de aquí adelante ni se llama médico ni se busca guía, sino conduciéndolos" (C,II,I,234).

¿Cuál es el sentido de esta frase referida a Argos moral y que Gracián sitúa a la salida de

la Aduana de la Vida, es decir, al inicio de la varonil edad? Hay que tener en cuenta que los guías no sólo no desaparecen, sino que acompañan a los peregrinos hasta el mismo final de su andadura. Y entonces, o Gracián incurre en una flagrante contradicción (lo que es poco probable dada la importancia que reviste el tema del guía en *El Criticón*), o habrá que concluir que la afirmación graciana no se refiere a la efectiva desaparición de los guías, sino a un cambio en el tipo de relación de los peregrinos con los guías. No hay que olvidar que la frase se profiere al principio de la varonil edad; y si recurrimos ahora a aquel esquema de *El Discreto* donde se dividía la vida del hombre en tres edades (D,XXV), en el que la etapa inicial, "hablar con los muertos", representaba para el hombre el estadio formativo por antonomasia, al concluir Gracián en *El Criticón* lo que se correspondería con aquella primera edad ("En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud") quiere significar con esa frase que la relación de Critilo y Andrenio con los guías deja de ser meramente formativa, para adquirir la complejidad y la riqueza de la madurez -no en vano es al dejar atrás la juventud cuando salen del suelo patrio.

El segundo punto problemático es el que se refiere a la efectiva desaparición de los guías del discurso en los márgenes en la tercera parte de *El Criticón*. Una primera explicación es posible recurriendo a la hipótesis del *cansancio*: Maldonado de Guevara (1953:83), refiriéndose al último capítulo de *El Criticón* habla de un visible cansancio del autor, lo que no es de extrañar conociendo los avatares y las amarguras de este último periodo de la vida de Gracián. Correa Calderón (1970:105) sitúa en los primeros meses de 1657 la fecha en que debió finalizar la redacción de la tercera parte, es decir, a poco más de un año de su muerte, cuando sus fuerzas y su salud estaban muy deterioradas. Pero más allá de este visible cansancio de Gracián hay algunos elementos textuales que pueden poner en relación estos dos problemas que ahora estamos tratando. En el prólogo al lector con que Gracián encabeza la tercera parte de *El Criticón* puede leerse la siguiente afirmación:

> Muchos borrones toparás, si lo quisieres acertar. Haz de todos uno. Para su enmienda te dejo las márgenes desembarazadas, que suelo yo decir que se introdujeron para que el sabio lector las vaya llenando de lo que olvidó o no supo el autor (C,III,"Al que leyere",443).

Si aquella afirmación que se hacía en la Aduana de la Vida significaba un cambio en la relación de los peregrinos con los guías, esta última va a significar un cambio en la relación del lector con el texto -elevando a la máxima potencia el carácter de "repertorio paidético" que es *El Criticón*[9]. Al iniciar esta tercera etapa, etapa de la reflexión y de la filosofía, Gracián deja al lector los márgenes libres para que pueda anotar sus juicios sobre cuanto lee, avalados por la experiencia de la lectura de las dos etapas anteriores. El lector, que ahora se dispone a empezar la tercera parte, después de haber hecho experiencia (de lectura) de las partes anteriores, se ha convertido en un *lector sabio*, un lector ya formado en el laberinto del texto, y que por tanto puede prescindir de los guías del margen, sirviéndose ahora de la experiencia (de lectura) adquirida y de la reflexión que por edad (de lectura) le corresponde.

Acabo anticipando una posible objeción: era una práctica bastante habitual de la época la intervención del tipógrafo o editor en el texto con anotaciones o emblemas; en favor de esta tesis podría jugar en nuestro caso que las partes primera y segunda se publican en Aragón en la imprenta de Juan Nogués, mientras que la tercera la publica Pablo de Val en Madrid. No cabe duda, sin embargo, de que los guías de los márgenes de *El Criticón* son de la pluma de Gracián, como demuestra la referencia directa que en el prólogo de la tercera parte se hace: "te dejo las

9 Maravall (1990:392).

márgenes desembarazadas". Esta frase carecería de valor si no fuera Gracián el autor material de las mencionadas anotaciones al margen. Con todo, a pesar de la dificultad de llevar a cabo un análisis estilístico de las mismas dada su extrema brevedad, observándolas detenidamente se cae en la cuenta de que son, en unos casos, expresión sintética del pensamiento graciano ("Mundo trabucado", p.84) o expresión de alguna máxima del *Oráculo* ("Milicia contra malicia", p.363), y en otros, clara expresión ingeniosa de la técnica de la agudeza ("Traje, corteza del ánimo", p.231; "Majestad sin amistad", p.237; "Arte de artimaña", p.340; "Engaña-mundo", p.342; "Gigantinano", p.419). Por todo ello, no podemos sino considerar un grave error el que comete Santos Alonso (1980:51) en su edición de *El Criticón* al eliminar las anotaciones de los márgenes en base a la siguiente afirmación: "por innecesarias, he suprimido las palabras marginales que aparecen en la primera y segunda partes de la edición príncipe".

Así pues, tras un atento análisis de las múltiples figuras de los guías, descubrimos una compleja arquitectura textual en la que el texto se desdobla para representar metafóricamente el Mundo: en el nivel del curso los personajes recorren un itinerario en el que van ganando, ante otras cosas, el conocimiento del mundo; en el nivel del discurso, la lectura adquiere la forma del camino, por lo que el lector se convierte en peregrino. Ambos caminos, el del curso y el del discurso, se configuran paralelamente, y paralelamente deben ser transitados: el Mundo se representa en un discurso que, a su vez, se configura textualmente en otro Mundo que engloba al lector (y por tanto a la Vida) y que discurre paralelamente al de los personajes de la novela. Como hemos visto analizando los guías, el paralelismo es tan fuerte que ambos mundos tienden a identificarse en un nivel superior en el que el lector es parte integrante de un Mundo en el que *El Criticón* representa el ideal de normatividad ética para la Vida.

BIBLIOGRAFÍA

GRACIÁN, B. (1993). *Obras completas*, 2 vol. (I: *El Criticón*; II: *El Héroe, El Político, El Discreto, Oráculo manual, Agudeza y arte de ingenio, El Comulgatorio, Escritos menores*). Madrid: Biblioteca Castro & Turner.

ALONSO, S. (1980). "Introducción". *El Criticón*, 11-58. Madrid: Cátedra.

BLUMENBERG, H. (1981). *Die Lesbarkeit der Welt*. Frankfurt: Suhrkamp Verlag.

CARRASCO URGOITI, MªS. (1977). "La figura del guía en *El Criticón*". En *Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas*, I, 271-277. Bordeaux.

CORREA CALDERÓN, E.(1970). *Baltasar Gracián*. Madrid: Gredos.

CHECA, J. (1986). *Gracián y la imaginación arquitectónica: espacio y alegoría de la Edad Media al Barroco*. Potomac: Scripta Humanistica.

DÍEZ FERNÁNDEZ, J.I. (1993). "Los apólogos de *El Criticón*", *Anthropos*. Documentos A, 5, 127-133

DEFFIS DE CALVO, E. (1993). "Perspectivas críticas sobre la novela española de peregrinación del Siglo XVII". En *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, Manuel García Martín (ed.). Salamanca: Universidad de Salamanca.

ECO, U. (1994). *Lector in fabula.* Milano: Bompiani [1ª ed. 1979].

GAMBIN, F. (1989). "Comparsa e scomparsa della guida in B. Gracián". *Clinamen*, 4, 50-74.

ISER, W. (1987). *El acto de leer.* Madrid: Taurus.

JOLY, M. (1986). "Nuevas notas sobre la figura del guía en «El Criticón». *Criticón*, 33, 37-50.

LEVISI, M. (1971). "Notas sobre las dualidades en *El Criticón*". *Revista de Estudios Hispánicos*, 5, 333-347.

MALDONADO DE GUEVARA, F. (1953). "El ocaso de los héroes en *El Criticón*". En *Cinco salvaciones. Ensayos de literatura española.* Madrid: Revista de Occidente.

MARAVALL, J.A. (1990). *La cultura del Barroco.* Barcelona: Ariel.

MARAVALL, J.A. (1975). "Antropología y política en el pensamiento de Gracián", En *Estudios de Historia del Pensamiento Español. Serie Tercera. Siglo XVII.* Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

MILHOU, A. (1987). "Le temps et l'espace dans le *Criticón*". *Bulletin Hispanique*, LXXXIX, 1-4.

PELEGRIN, B.(1984). *Le fil perdu du «Criticón» de Baltasar Gracián: objetif Port-Royal. Allégorie et Composition «conceptiste».* Aix/Marseille: Université de Provence I.

PELEGRIN, B. (1985). *Ethique et esthétique du baroque. L'espace jésuitique de Baltasar Gracián.* Arles: Actes Sud/Hubert Nyssen Editeur.

PRIETO, A. (1985), "Introducción". *El Criticón*, IX-LXIII. Barcelona: Planeta.

SENABRE, R. (1979). *Gracián y El Criticón.* Salamanca: Universidad de Salamanca.

SENABRE, R. (1986). "El Criticón como «Summa» retórica". En *Gracián y su época. I Reunión de Filológos Aragoneses.* Zaragoza: Institución Fernando El Católico.